



Les invisibles.
Comunidad y cuidado del mundo en la
Era de la Globalización

Camila Cuello*

Como es bien sabido, la política según Hannah Arendt se comprende a partir de la existencia de un espacio público en donde se despliegan las acciones y los discursos libres de ciudadanos/actores plenamente visibles ante los otros. En base a tales consideraciones, nos interesa recuperar las reflexiones que Étienne Tassin desarrolla sobre *los invisibles*, aquellos a los que se les niega la posibilidad de aparición en el espacio público provocando así su expulsión del mundo común y finalmente su desaparición.

Esta política de la desaparición, llevada adelante fundamentalmente a lo largo de la Dictadura cívico-militar argentina encuentra hoy un nuevo significado enmarcado en la era de la globalización. Según Tassin, la desaparición refiere a la operación por medio de la cual los estados democráticos liberales privan a los inmigrantes –condenados por la economía neoliberal– del *derecho a tener derechos*, es decir, a la posibilidad de aparecer en el espacio público e instituir un mundo común, de pertenecer a la humanidad. Relegándolos a una existencia subterránea, oscura, cavernosa.

En este sentido, creemos que a partir de estas conceptualizaciones será posible reflexionar acerca de las políticas de desaparición que se llevan adelante hoy, en nuestro país. Desapariciones no sólo físicas, sino simbólicas que relegan a una gran parte de la población a la condición de la no-visibility de la no-existencia. Al tiempo que, abrirá los interrogantes acerca de la posibilidad de instituir junto con ellos un mundo común.

La globalización y el capitalismo neoliberal. Las políticas de la desaparición

Como ya es bien sabido, la política para Hannah Arendt se trata de la acción concertada a la luz de lo público. De acciones y discursos que, al mis-

* UNGS-CONICET
camilacuello1988@gmail.com

mo tiempo que instituyen el espacio en el que se despliegan da nacimiento a una comunidad de actores que no preexiste a la propia acción, sino que se inventa a sí misma en el actuar.

En este contexto, Tassin sostiene que actuar políticamente significa aparecer ante otros –y ante sí mismo– e instaurar con ellos una comunidad y un espacio de visibilidad común en el cual los actores se exponen en la escena pública en torno a aquello que concierne a los asuntos de la ciudad. Así, para el filósofo francés, la ciudadanía no es un status definido por medio de un conjunto de leyes, sino que es comprendida a través de la acción concertada, es decir, a partir de la exposición del *soi*.

En la medida en que toda acción despliega consigo un espacio de visibilidad en el cual los actores se manifiestan, la institución de este espacio es paradójal. Si bien debe ser garantizado políticamente y estar protegido de las acciones que pueden amenazarlo, dicho espacio nace de las mismas acciones que lo reactivan y lo cuestionan incesantemente.

De este modo, la lectura que Tassin propone sobre la obra de Arendt enfatiza en una aproximación fenomenológica que gira en torno a la extraordinaria potencia de la acción de instituir actores, espacios, comunidades y Mundo Común. Potencia que se encuentra amenazada y en vías de extinción en el marco del *acomismo* económico signado por la globalización y la administración de los asuntos públicos llevada adelante por las Democracias Liberales.

En este sentido, el diagnóstico desde el cual el filósofo francés parte refiere a un proceso de globalización que lleva adelante una domesticación y una privatización generalizadas del mundo, a partir de la eliminación sistemática del dominio público y su sustitución por formas de ser y actuar que responden a la lógica de la producción y del consumo. Así, la centralidad que adquiere el consumo de los sujetos como seres *isolated*, conlleva a la desaparición del mundo común (Tassin, 2003: 229).

Al mismo tiempo, este mundo se encuentra sometido a la voracidad del *process of life* en la medida en que todo se transforma en bienes de consumo o intercambio. Nada escapa a la lógica voraz de un capitalismo in-mundo que no sólo destruye la materialidad del mundo en el que la vida humana es posible, sino que también amenaza la pluralidad como condición constitutiva del mundo en tanto que humano. Esta pluralidad que, según Arendt, es la condición de la acción política no sólo refiere a los individuos sino también a las comunidades y las culturas: sin ella es

imposible de hablar de un mundo común. Así, la globalización económica y política avanza sobre una ley de homogeneización que es directamente contradictoria a la pluralidad que sostiene la existencia política de los hombres y de los Estados. Se trata entonces de un proceso de mundialización (concepto usado en Francia para referir a la globalización) que destruye el mundo común de manera más radical que la propia guerra.

Les invisibles: Apátridas, sin derecho, Sin Domicilio Fijo (SDF)

Esta economía neoliberal globalizada no sólo destruye las posibilidades para erigir un mundo común, sino que también produce *invisibles*: aquellos que, condenados por el mercado son obligados a vivir en la clandestinidad y al mismo tiempo, expulsados de la comunidad política a través de la privación de su derecho de aparecer en el espacio público impuesta por las democracias liberales. De este modo, si, tal como sostiene Arendt, el ser solo existe por medio de su aparición a la luz de lo público, esta invisibilización política significa una privación del Ser, es la negación del reconocimiento ante sí mismo y ante los otros.

En este sentido, si la política se ordena en torno a un espacio público en donde aparecen las acciones y los discursos libres de ciudadanos plenamente visibles, es necesario reflexionar sobre el modo en que el dispositivo político determina qué es lo visible o lo invisible, en otros términos, la aparición de algunos o la desaparición de otros. Si la política de lo visible refiere a la institución de un espacio de aparición, su contraparte, la política de la desaparición es la antipolítica por excelencia puesto que refiere no sólo a la exclusión de los sujetos del espacio público sino también su reclusión al ámbito privado a través de la puesta en marcha de una tecnología propia de la dominación, que adquiere nuevos sentidos en el marco de las democracias liberales.

Esta política de la desaparición es distinta a la llevada adelante por los regímenes dictatoriales a través de un dispositivo especialmente destinado a eliminar a los sujetos de la faz de la tierra, apelando a fines pretendidamente políticos. Si bien es posible afirmar que estas prácticas aún persisten en la actualidad – pensemos por ejemplo en el caso de Jorge Julio López –, la desaparición en el régimen liberal despliega otro dispositivo que conjuga exclusión económica con invisibilización política y, por lo tanto, concierne a otras categorías de la población. En este sentido, aque-

llo que nos interesará aquí es reflexionar sobre el modo en que la desaparición se despliega sobre las bases pretendidamente republicanas de nuestras democracias liberales.

En términos de Tassin,

[L]a desaparición designa la operación por medio de la cual la sociedad liberal priva a los inmigrantes de sus derechos o a los clandestinos de toda visibilidad, borrándolos del espacio público de aparición relegándolos a una existencia subterránea, oscura y cavernosa. Vida privada, en un sentido literal, de la luz de lo público y de la compañía política de los otros, privada de los derechos y por lo tanto de las garantías institucionales que les aseguran la pertenencia a la comunidad y el reconocimiento de la autoridad pública. Y finalmente, vida privada de existencia en la medida en que su reclusión a los espacios subterráneos de la vida social y política los condena al olvido: lejos de la luz de la ciudadanía y la civilización, de los derechos y del reconocimiento institucional son expulsados de la comunidad humana a través de su desaparición del espacio público, de la negación al derecho a aparecer. Es una muerte política y social, una condena a la inexistencia y por lo tanto el crimen político por excelencia de nuestro tiempo (2012: 192. Traducción propia).

Si, tal como mencionamos anteriormente, las sociedades democráticas se ordenan en torno a un espacio de aparición y de visibilización, la cuestión de la desaparición en el régimen liberal evidencia su contaminación accidental o estructural por parte de los esquemas organizativos de las sociedades concentracionarias.

Esta desaparición en tanto fenómeno político y público revela tres situaciones diferentes y concierne a tres tipos de personas distintas que Tassin nombra como: los eliminados, los borrados y los ocultados. Los eliminados son los desaparecidos por medio de operaciones policiales o militares, tales como las llevadas adelante por las Dictaduras de América del Sur, que se caracterizan por la ausencia del cuerpo en tanto evidencia física de su existencia. Situación que dificulta la identificación del crimen y hace imposible el duelo. Por otra parte, bajo la noción de borrados refiere a los seres privados de una existencia política en base a la falta de reconocimiento de sus derechos políticos o de su borramiento de los registros de la ciudadanía. Este es el caso de los apátridas y los sin-Estado surgidos en Europa luego del armisticio de la Primera Guerra Mundial que, expulsados de sus territorios fueron condenados a vivir en una semi-clandestini-

nidad puesto que no podían ejercer ningún derecho ni tampoco estaban protegidos por el poder público que los consideraba como un sujeto político indefinible. Finalmente, la apelación a los ocultados refiere a aquellos condenados a la clandestinidad por el hecho de entrar ilegalmente a un territorio o por una pérdida de sus derechos como consecuencia de modificaciones legislativas o reglamentarias.

A diferencia de los desaparecidos de las dictaduras o de los borrados, los ocultados evidencian el problema de la articulación entre la desaparición política y social y su funcionalidad económica. Ya que el mismo sistema económico que atrae a los trabajadores hacia una inmigración ilegal exenta de las obligaciones del código laboral, apoya su condena política y penal y, asimismo, las medidas de expulsión forzadas. Este proceso de ocultamiento de los sujetos no es una mera consecuencia, sino que constituye una parte fundamental de la economía globalizada, que necesita la producción de *invisibles* asegurada por los regímenes liberales para poder funcionar.

Reflexionar sobre la invisibilización política y social de los sujetos, clandestinos y anónimos, remite fundamentalmente al problema de la ausencia del reconocimiento que los relega a una existencia invisible, a una no-existencia. No obstante, esta no es una invisibilidad absoluta, sino que es una presencia que pasa desapercibida en un esfuerzo dirigido hacia el ocultamiento o la expulsión de los sujetos del orden de lo visible.

El hombre, privado de visibilidad, se encuentra al mismo tiempo privado de identidad y de estatus: la sociedad ignora *lo que es*. Asimismo, privado de apariencia y de la posibilidad de aparecer ante los otros y ante sí mismo, el hombre se encuentra privado de su singularidad, de su personalidad: la sociedad ignora *quién es*. En este sentido, la invisibilización y la estigmatización de los sujetos no son el producto de una ausencia de reconocimiento sino de su negación en el marco de regímenes que se estructuran a partir de la lógica del reconocimiento.

Es por ello que, los invisibles se encuentran en una posición de extrema vulnerabilidad que comienza con la negación de su existencia: no se trata de una expulsión de la sociedad sino de una expulsión del orden de lo visible que los condena a la clandestinidad. En este sentido, Tassin sostiene que la desaparición en el régimen liberal concierne a los extranjeros o a aquellos que son tratados como tales en base la pérdida de sus

derechos. Así, la noción de extranjero no designa una identidad nacional determinada, sino que describe una relación entre sujetos y comunidades.

Enmarcados en este contexto, el filósofo francés afirma que resulta necesario reflexionar sobre la posibilidad de construir con los extranjeros, los invisibles, los otros, una comunidad y un mundo común que nos(los) albergue. Así, frente al avasallante poder de dominación que los dispositivos políticos y económicos despliegan sobre las políticas de aparición y desaparición de los seres en el espacio público, la respuesta política será la acción resistente e instituyente de actores que cuestiona y quiebra toda disposición institucional que los relega a la obscuridad del ámbito privado.

En términos de Tassin, se trata de una cosmopolítica estructurada en torno a la hospitalidad frente al otro, al extranjero, al distinto de mí. Esta apuesta resistente, considera que el coraje es la virtud política por excelencia puesto que en el momento en que los invisibles se exponen a la deslumbrante luz de lo público, al mismo tiempo se exponen a la posibilidad de ser reconocidos por las fuerzas de seguridad, poniendo así en riesgo su vida. Este coraje es aún más importante cuando, en no pocos casos, los sujetos no cuentan con la seguridad otorgada por la esfera privada. En un estado de máxima vulnerabilidad que expone aún más su seguridad y su supervivencia.

Así, la apuesta de Tassin refiere a la necesidad de actuar para existir políticamente y salir de la obscura caverna a la cual los regímenes democrático-liberales nos han relegado.

“La gente existe” Comunidad y mundo común en la argentina neoliberal

Si bien sus reflexiones se enmarcan en una Francia signada por los conflictos xenófobos contra los inmigrantes ilegales, creemos que resultan fructíferas para pensar nuestro presente político. Porque el extranjero, como hemos mencionado, no está signado por una identidad sino por una relación: es todo aquel que se encuentra por fuera de la comunidad política, aquel que ha sido deliberadamente invisibilizado y expulsado del espacio público por medio de la pérdida de sus derechos y de la negación del reconocimiento. En este sentido, es indiscutible el feroz avance del actual gobierno de Mauricio Macri sobre un conjunto importante de derechos de gran parte de la población y la clausura su posibilidad de aparición en el

espacio público. Podríamos nombrar varios ejemplos para poner de algún modo en funcionamiento las reflexiones teóricas propuestas por Tassin, pero nos interesa retomar aquí el tratamiento que el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires da al “problema” de la pobreza y su visibilidad en las calles.

Estamos pensando en la reciente instalación en Calle Corrientes de un conjunto de contenedores de basura “inteligentes” que se abren sólo por medio del uso de una tarjeta magnética que está en poder de los “vecinos” de la cuadra. Su función principal, tal como ha expresado el Ministro de Espacio Público porteño, es “Evitar que se metan y saquen basura”. Medida que claramente atenta contra aquellos que ya se encuentran expulsados económicamente del feroz mercado económico y que recurren a la basura para poder subsistir.

Hablamos entonces de un ejemplo que hace posible vislumbrar la total ausencia de derechos de parte de un Estado que ha decidido retirarse del plano de sus responsabilidades políticas y sociales y de una deliberada negación del reconocimiento sobre estos sujetos que son nuevamente expulsados, ahora de la comunidad política. El profundo deseo de hacerlos desaparecer de las calles se evidencia claramente en el esfuerzo que lleva a cabo del gobierno por quitar de su alcance aquello que les permite apenas sobrevivir, apenas aparecer a la luz de lo público sumergidos en un contenedor de basura.

Así, frente al aumento indiscriminado de la pobreza y con ello del número de indigentes que recorren las calles de la ciudad para al menos sobrevivir, la respuesta que se ensaya desde el gobierno es negarles el acceso al único sustento con el que cuentan. Es indistinto, entonces, a dónde se dirigen, cuál va a ser su medio de vida, cómo lograrán alimentarse lo que importa es hacerlos invisibles, que no seamos capaces de verlos allí donde “molestan” no sólo estética sino políticamente.

En este contexto creemos que es necesario repensar el modo de enfrentarnos y dar respuesta a un entramado económico y político que destruye el mundo y la posibilidad de que éste albergue a la Humanidad. Frente a ello, aquello que nos resulta interesante de las reflexiones de Tassin es su apuesta por la acción en tanto capacidad humana fundamental para cuidar al mundo de los procesos destructivos que los propios hombres ponen en marcha y al mismo tiempo instituir espacios de aparición y comunidades. Así, la existencia política del mundo refiere a la institución

fundamentalmente conflictiva, de los *rappports* con los otros, ciudadanos o extranjeros con los cuales emprender la acción y a través de ella, tejer los lazos de la comunidad. Se trata, entonces, de pensar un espacio-entre-los hombres en tanto espacio de relación que escapa a cualquier lógica de la unicidad y por el contrario recupera y se sostiene en base a la pluralidad propia de la condición humana.

De este modo, para Tassin la política se despliega justamente en esa brecha abierta entre las identidades que designa la extranjería; es decir, “toda política es una relación con el extranjero” (Tassin, 2017) toda política comienza allí donde termina una identidad y donde se pone en relación no ya con otra identidad sino con una relación no identificada. No hay política en la familia o en la tribu, sino ante los extraños junto con los cuales será posible instituir un mundo común nos albergue.

Referencias bibliográficas

Tassin, E. (2003) *Un monde commun. Pour une cosmo-politique des conflits*. Le Seuil : París.

(2012) *Le Maléfice de la vie à plusieurs*. Bayard : París.

(2017) “Exil, hospitalité et...Politique”. Mediapart. En línea en: <https://blogs.mediapart.fr/edition/la-jungle-et-la-ville/article/080717/exil-hospitalite-et-politique>